

Trinity College

Trinity College Digital Repository

Senior Theses and Projects

Student Scholarship

Spring 2022

La literatura de los depuestos, asesinados y desaparecidos: Rodolfo Walsh y el papel del periodismo investigativo en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX

Jay Park
jaewoopark3@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://digitalrepository.trincoll.edu/theses>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Modern Literature Commons](#)

Recommended Citation

Park, Jay, "La literatura de los depuestos, asesinados y desaparecidos: Rodolfo Walsh y el papel del periodismo investigativo en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX". Senior Theses, Trinity College, Hartford, CT 2022.

Trinity College Digital Repository, <https://digitalrepository.trincoll.edu/theses/994>

TRINITY COLLEGE

Senior Thesis

La literatura de los depuestos, asesinados y desaparecidos: Rodolfo Walsh y el papel del periodismo investigativo en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX

submitted by

Jay Park, CLASS OF 2022

In Partial Fulfillment of Requirements for the

Degree of Bachelor of Arts

2022

Advisor: Priscilla Meléndez

Argentina es un enigma por ser considerada una nación de identidades dobles. Si por un lado es un país lleno de recursos naturales que se destaca por su desarrollo agrícola, la abundancia de ganado y la minería. Por otro se destaca por ser un país de alto desarrollo cultural y artístico. Pero al mismo tiempo, Argentina es una nación desprovista de estabilidad institucional, con un sistema de gobierno atrofiado que durante distintos momentos durante el siglo XX ha interrumpido su crecimiento. El periodista Matthew Yglesias – en su artículo sobre los fracasos económicos de Argentina cita al economista estadounidense Simon Kuznets, quien señala que existen cuatro tipos de países en el mundo: “países desarrollados, países subdesarrollados, Japón y Argentina” (Yglesias). A pesar de todas las condiciones favorables, no es fácil explicar por qué Argentina no ha logrado desarrollarse en un contexto moderno. Ciertamente, la historia de Argentina está demarcada por las miríadas de cambios institucionales, derrocamientos políticos y golpes de estado que han moldeado la trayectoria del país desde su independencia en 1816. Al mismo tiempo, la inestabilidad política ha demostrado la fortaleza del pueblo argentino y además ha destacado la capacidad de sus habitantes de resistir y castigar la opresión a través del uso de la escritura tanto literaria como periodística. En ninguna parte esto es más claro que en las obras del famoso escritor y activista argentino Rodolfo Jorge Walsh (1927-1977). Originalmente un periodista investigativo, Walsh fue aclamado por sus obras que revelaron las atrocidades de los gobiernos militares durante la segunda parte del siglo XX. Su fusilamiento y la desaparición de su cadáver en 1977, provocó que su muerte fuera tan influyente como lo fue su vida. En muchos sentidos, Walsh se convirtió en un mártir, en una figura celebrada que personifica la lucha en contra de los regímenes militares en su país durante más de veinticinco años. Las obras de Rodolfo Walsh destacan el papel crítico de la escritura (periodística y de crónicas) como mecanismo para abordar la opresión tanto política como social

en una sociedad dominada por la inestabilidad política y por la prevalencia de regímenes opresivos. A través de un análisis de sus obras *Operación Masacre* (1957), *Quién mató a Rosendo?* (1969) y *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* (1977), este ensayo buscará delinear la naturaleza de la escritura testimonial como una herramienta para documentar la injusticia y galvanizar a un público que está siendo oprimido y limitada su acción.

No obstante, para comprender el significado de Walsh en la escritura y la política argentina es necesario identificar los relatos y las figuras históricas que proveen el contexto dentro sus obras, pero sobre todo es crítico reconocer el papel del Peronismo como ideología política nacional que ha permanecido desde las décadas de 1940 y que está vinculado con a la figura del político populista Juan Domingo Perón (1895-1974). El Peronismo surge en 1946 con la elección de Juan Domingo Perón a la presidencia. Como general que recibió su educación militar en Italia, Perón creció idolatrando al infame dictador italiano, Benito Mussolini quien gobernó entre 1922 y 1943 (Lewis, p. 247). En este sentido, el peronismo tiene sus raíces en el fascismo, una ideología política que está caracterizada por el poder dictatorial que ostenta un líder autoritario, la opresión forzada de las opiniones disidentes y el control total de sociedad en todos aspectos (Lewis, p.256). Sin embargo, Perón es mucho más que un dictador autoritario. Elegido nuevo ministro del Trabajo tras el golpe de estado en 1943 (un golpe iniciado para derrotar el gobierno corrupto del presidente Ramón Castillo), Perón se convirtió rápidamente en una figura popular entre la clase obrera argentina por su compromiso de proteger los medios de vida de quienes lo apoyaron (Mendelevich). Demagogo polarizador para algunos y líder patriótico para otros, los primeros logros de Perón incluyeron la creación del primer programa nacional de seguridad social, la promoción de la sindicalización entre la clase obrera y el ataque a la iglesia Católica” (Navarro). Combinó su fondo fascista con elementos capitalistas y

socialistas para crear algo que “es una marca más que un partido... una vaga mezcla de nacionalismo y laborismo” (Reid). Reid señala que el peronismo, como movimiento social, político y económico que ha perdurado por décadas, es difícil de definir pues desde el principio, Perón creó un movimiento marcado por su habilidad de ser fluido, adaptable y cambiar constantemente de acuerdo con los sentimientos nacionales. En contraste a las otras ideologías políticas que se adhieren a un conjunto centralizado de reglas y regulaciones, el peronismo “encarna un conjunto consistente de emociones y prácticas políticas” (Reid). En esencia, lo que separa al peronismo de otras ideologías políticas es el elemento humano pues coloca el énfasis en lograr el apoyo de la población electoral como medio de lograr el éxito político. No es difícil ver, entonces, por qué el peronismo (una ideología demagógica, laborista y nacionalista) se convertiría en anatema para la élite argentina conservadora representada por las fuerzas armadas. Es en este contexto histórico que se pueden entender los frecuentes golpes de estado desde mediados del siglo XX, el llamado Periodo de Reorganización Nacional en 1976 y las obras periodísticas y políticas de Rodolfo Walsh.

Si el Peronismo existía como un rechazo a las diversas normas sociales, políticas, y económicas que habían predominado en Argentina, los militares servían como un rechazo fundamental al peronismo y a su inclinación por el populismo. Entre el primer gobierno de Perón en 1946 y el final de su tercero en 1976 completado por su esposa Isabel Perón a raíz de la muerte de su esposo en 1974, hubo tres golpes de estado en Argentina. El primero ocurrió en septiembre de 1955, algunos meses después del “bombardeo de la Plaza de Mayo” en Buenos Aires en donde 308 ciudadanos fueron asesinados por las fuerzas militares de Argentina por su apoyo al presidente (Parlamentario). Frustrados por el rechazo de Perón hacia la iglesia Católica como fuerza política, los generales militares decidieron asesinar a sus seguidores para infundir

miedo y ejercer control sobre sus ciudadanos (Parlamentario). La dictadura militar que asumió control después del primer golpe permaneció hasta 1966. Para mantener una apariencia democrática, el gobierno militar celebró una elección presidencial estrictamente regulada en 1963. Sin embargo, la administración del presidente elegido Arturo Umberto Illia sólo duraría hasta 1966, cuando ocurrió el próximo golpe (que reanudó el control militar hasta 1973). Para asegurar que Perón no pudiera volver al poder político en Argentina, los líderes militares iniciaron una intensa campaña contra el legado del peronismo. Incluso el nuevo régimen prohibió a los peronistas participar en las elecciones de 1963, provocando que su movimiento perdiera su fuerza a nivel nacional en Argentina (Tekiner). La opresión contra el peronismo persistió hasta que el líder epónimo regresó al poder en 1973.

El regreso de Perón durante su tercer gobierno se caracterizó por la violencia por parte de los militares, resultando en la masacre de Ezeiza donde docenas murieron y cientos fueron heridos a causa del fuego militar (Verbitsky). Perón murió en 1974 debido a causas naturales lo que provoca que la vicepresidenta, en este caso su esposa Isabel “Isabelita” Perón asumiera el poder presidencial. No obstante, dos años más tarde ocurre un nuevo golpe de estado a mano de los militares. El llamado “Proceso de Reorganización Nacional”, establecido durante el golpe de estado de 1976, se conoce más comúnmente como “la Guerra Sucia”, época terrible en la historia de Argentina que resultó en la “desaparición” de miles de políticos, periodistas, activistas e intelectuales disidentes, incluyendo Rodolfo Walsh. A pesar de su objetivo de crear una Argentina mejor (por lo menos, para los líderes militares a cargo), parecía que los militares eran diametralmente opuestos a la existencia misma de los peronistas. Al contextualizar la historia de Argentina en la segunda mitad del siglo XX es posible identificar las fuentes de popularidad – además de los sentimientos populares – alrededor de las obras de Walsh pues sirven como una

reflexión de la *vox populi*. Nos interesa examinar de qué manera la literatura, sobre todo la escritura de crónicas y del periodismo investigativo ha impactado las condiciones abominables de los procesos políticos que han marcado la segunda mitad del siglo XX argentino.

¿Por qué el peronismo era anatema para la élite argentina gobernante? ¿Por qué resultó ser tan polarizador? Como se discutió anteriormente, el peronismo cuenta con el apoyo de las masas, especialmente en lugares urbanos como Buenos Aires. La población trabajadora eligió a Perón por su compromiso de proteger sus derechos y sirve como un campeón de la clase trabajadora. Hasta el día de hoy, el peronismo persiste debido a su “llamamiento ideológicamente flexible de la ‘marca’ peronista en la política argentina” (Calvo). En vez de adherir a un estándar ideológico, el peronismo es fluido, una cohorte en constante cambio – y vagamente definido – de populistas, capitalistas, nacionalistas, marxistas y más. Para ganar las botas de la población trabajadora, Perón – entre 1946 y 1948 – “se adoptó gradualmente una batería de medidas políticas y económicas [redistributivas]” (Gerchunoff p. 64). Están unidos hacia una meta común, la preservación de su propia posición social. Esto es indicativo del llamamiento populista de esta ideología; mientras que los conservadores y liberales tienen creencias profundamente arraigadas, el único objetivo del peronismo es trabajar para su propio interés. Pero, para obtener el poder y permanecer en el cargo, los peronistas necesitaban subvertir la autoridad de la élite. Esta yuxtaposición entre la clase dominante de la élite y la clase trabajadora descontenta contextualiza el surgimiento del peronismo en Argentina; es una lucha de clases que se manifiesta físicamente a través de la violencia – violencia que Rodolfo Walsh documenta en sus obras.

Un análisis de los textos de Walsh es imposible sin una conceptualización concreta de la historia tumultuosa de Argentina y en este sentido sus obras principales reflejan los

acontecimientos de cada particular momento histórico. Pero, también sería imposible sin un entendimiento del género en el que existe. No sería preciso describir estas obras de Rodolfo Walsh como ejemplos de la literatura testimonial, pero las susodichas obras tampoco son ejemplos de la literatura ficcional. En contraste con las otras formas literarias más populares – como la literatura biográfica o autobiográfica – la literatura testimonial “erosiona la centralidad del autor y, por lo tanto, también los supuestos estándares sobre la ‘autoridad’ de los textos” (Gugelberger y Kearney, p. 10). La literatura testimonial “se ocupa de documentar experiencias de la realidad”; en contraste a las “formas ficcionales, y sus variantes modernistas y posmodernistas, [que] son metafóricas”, esta forma provee la oportunidad a los autores de países subdesarrollados a crear obras que socavarían la hegemonía de la literatura occidental establecida (Gugelberger y Kearney, p. 11). Pero, las obras de Walsh no sirven el mismo propósito. La estructura de estos textos se asemeja a la de una novela, es decir, el diálogo entre los personajes está presentado de forma conversacional. En este sentido, los libros de Walsh combinan elementos de la literatura testimonial (un énfasis en los hechos y la creación de la narrativa basada en lo realmente ocurrió) con elementos de la literatura ficcional para crear textos que están tan informativos como están galvanizadores. Por ejemplo, es claro que *Operación masacre* no coinciden exactamente con los parámetros de la literatura testimonial sino que más bien representan un género híbrido que amalgama elementos de las varias formas que existe en el espacio liminal entre géneros y discursos. El espacio liminal existe entre lo testimonial y lo ficcional, y como resultado, está sujeto a los elementos subjetivos y cuasi-ficcionales, ya que el autor intenta llenar los vacíos narrativos a través de la creación del diálogo que son construcciones posibles de lo que ocurrió. Se revela mucho sobre la eficacia de este género literario. A pesar de su papel crítico en la investigación, en el proceso de entrevista y en la

narración de los asesinatos encubiertos, lo que Walsh deseaba no era la fama sino la justicia para aquellos que fueron perjudicados por el gobierno opresivo. Este propósito distingue el discurso testimonial a los otros; el propósito es para revelar algo que no ha sido escuchado antes con la esperanza de que estas revelaciones tengan serias resonancias políticas y sociales. Combina sus propias habilidades como un periodista y autor con sus experiencias como un argentino para lograr esta coexistencia de lenguajes.

Por ejemplo, en *Operación Masacre* – escrito meses después del primer golpe en contra del gobierno de Perón en 1957 – Walsh intentó exponer las atrocidades que rodearon una ejecución gubernamental fallida que ocurrió en 1956. A primera vista, esta obra maestra parece no ser más que una sinopsis – cuidadosamente corroborada – de los acontecimientos que habían tenido lugar el 9 de junio 1956. De manera impresionante, Walsh transforma la narrativa de ser una investigación de sucesos actuales en un relato cautivador. Este texto trata de una serie de asesinatos políticos llevados a cabo en nombre del nuevo régimen militar que, según indicamos, subió al poder en 1956. Walsh admite que se enteró de esta serie de asesinatos por coincidencia: “la primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez” (“Prólogo”, *Operación Masacre* pp. 17). Fue en este café donde se enteró del “fusilado que vive”, un individuo que supuestamente había sobrevivido a una ejecución por parte de un pelotón de fusilamiento (p. 19). Después de coleccionar varios testimonios, entrevistas y confesiones de los sobrevivientes, esta obra representa la culminación de meses dedicados al periodismo de investigación. La primera parte, “Las personas”, provee el contexto de los eventos sucedidos, además de los personajes involucrados. La segunda parte titulada “Los hechos”, detalla la violencia ocurrida, y la última parte, “La evidencia”, parece un resumen legal que sería

presentado en una sala judicial. De hecho, la totalidad de la obra engendra tanto simpatía como pena en los lectores pues resulta clarísimo que los asesinatos fueron injustificados y que fueron actos de depravación que denotaban las intenciones reales del nuevo régimen militar. El significado del libro se encuentra en los *ethos*, *logos* y *pathos*. Durante algunos meses, Walsh recoge la evidencia para crear una narración detallada, subrayando los elementos claves para escribir un libro testimonio; al hacerlo, Walsh aumenta su propia veracidad – su *ethos* – como periodista además de crítico político. En esa medida, la tercera parte provee la evidencia y actúa como la culminación de sus trabajos.

Las investigaciones publicadas sobre las secretas atrocidades del gobierno militar argentino representan la manifestación literaria de los rechazos público del autor. Pero, al escribir como si fuera una narración ficcional – es decir, construyendo un diálogo que intenta revelar mucho sobre las actitudes e ideologías de los propios personajes – Walsh teje un elemento humano dentro de su obra garantizando así sentimientos empáticos hacia los personajes cuyos destinos ya se han decidido. Por ejemplo, el personaje cuyo nombre lleva el primer capítulo, “Nicolás Carranza”, fue un individuo perseguido por apoyar al presidente Juan Perón (quien había sido recientemente depuesto). Horas antes de su ejecución, discute con su esposa los peligros de vivir como un peronista en una Argentina gobernada por las fuerzas militares. Su esposa le implora: “Entrégate. Si te entregas a lo mejor no te pegan. Y de la cárcel se sale” (Walsh, *Operación Masacre* pp. 34). Al dramatizar los diálogos de los que han fallecido, Walsh le da una voz a los que ya no la poseen. Los lectores, por su parte, no pueden saber si la víctima en realidad dijo lo que se le adjudica, sin embargo, esto no resulta importante en el contexto literario debido al hecho de que esta forma literaria está supeditada al uso de la dramatización para elaborar una narrativa más coherente que evoque veracidad. Las dramatizaciones hacen que

los personajes sean vulnerables, identificables y – en última instancia – humanos. Nicolás Carranza fue un trabajador ferroviario, un marido y un padre de seis niños. Desafortunadamente, también fue un peronista durante una época donde estas afiliaciones fueron castigadas. Al Walsh alejarse del flujo de la narrativa, fuerza a los lectores a enfocarse totalmente en el tratamiento de los ciudadanos normales. Walsh – a través del relato – castiga las acciones de un gobierno dispuesto a asesinar a sus propios ciudadanos por razones completamente políticas. Carranza fue una víctima de un sistema corrupto – corrupción que Walsh trató de denunciar.

El estilo del periodismo narrativo de investigación en *Operación masacre* fortalece la credibilidad, además del significado de los eventos trágicos a través de la combinación de elementos narrativos que contextualiza el relato en el marco de la realidad, y los elementos periodísticos que proveen los hechos de lo que ocurrió. Esta obra “narrativiza el acontecer político y crea una versión de los hechos capaz de ser asimilada por el imaginario social” (Pérez pp. 131). En muchos sentidos, este género liminal oculta la distinción entre la ficción y la no ficción para maximizar su eficacia comunicativa. Presentar los hechos sin el contexto – como principalmente debía hacerlo una obra totalmente investigativa – es ineficiente y no motivaría a los lectores a tomar acción; ¿por qué luchar por una causa que no involucra a uno mismo? Por otro lado, frente a sucesos violentos y reales, las obras ficcionales estarían desacreditadas por el hecho que son obra de fantasía. Aunque podría engendrar sentimientos de compasión y simpatía, todavía existe una desconexión fundamental entre la fantasía y la realidad. El género del periodismo investigativo rectifica esta brecha. La mezcla entre los recursos narrativos (incluyendo el énfasis en los sentimientos además del carácter fragmentado del texto) y lo no ficcional ha producido un género que estimula el pensamiento crítico. Lo que es más, el periodismo narrativo combina las cualidades más destacadas de ambos; provee al mismo tiempo

los hechos, el contexto y el flujo narrativo para forzar a los lectores a prestar atención a lo que ocurrió y exigir justicia.

Pero, no es posible tener toda la información pues a pesar de que Walsh coleccionó testimonios de la mayoría de los sobrevivientes, los huecos informativos son rellenados por la voz narrativa que investiga y que en última instancia se ve obligado a tapar dichos huecos. Con respecto a los detalles específicos, Walsh admite que “no hay testigos de lo que hablan. Sólo podemos formular conjeturas” (*Operación masacre* pp. 38). Una obra puramente investigativa no podría rectificar la falta de información; los hechos debían presentarse como blancos y negros, sin espacio para conjeturas o estimaciones. Por contraste, el uso de la narración en la tercera persona (el estilo de narración en las obras susodichas de Walsh) permite diferentes interpretaciones. Desde la perspectiva del lector, la narrativa hace que la investigación parezca más accesible y, en última instancia, más humana. Por ejemplo, cuando se está discutiendo la conversación entre los peronistas trabajadores del sistema ferroviario, Francisco Garibotti y Nicolás Carranza, Walsh escribe que “es posible que Garibotti vuelva a repetirle a su amigo el consejo de... Es posible que Carranza a su vez quiera hacerle algún encargo... O le diga simplemente: -- Vamos a casa de un amigo a escuchar la radio...” (pp. 38). Este género no tiene las mismas dificultades o ataduras como es el caso de los otros discursos investigativos.

En el epílogo de su libro, Walsh concluye su investigación con un resumen conciso – pero venenoso – de los acontecimientos del 9 del junio de 1956. Arremete contra los asesinatos, proclamando que “se trata en suma de un vasto asesinato, arbitrario e ilegal, cuyos responsables máximos son los firmantes de los decretos que pretendieron convalidarlos” (Walsh, *Operación Masacre* pp. 233). Para Walsh estos eventos son ejemplos claros del desprecio del gobierno hacia los derechos básicos de los argentinos y de una opresión forzada que buscaba eliminar

ideologías, opiniones e ideas discrepantes. La totalidad de los asesinatos fueron dirigidos a los ciudadanos con *supuestos* vínculos al partido peronista. Para el régimen militar, los fallecidos no representaban seres humanos sino más bien afiliaciones políticas que debían ser silenciadas. Aunque sus muertes fueron motivadas políticamente, no fueron verdaderas ejecuciones políticas sino asesinatos descuidados dirigidos a mantener infructuosamente el dominio político y social. El periodismo investigativo es tan abierto como predeterminado; mientras que los eventos que ocurrieron no cambiarán, lo que los lectores interpretan sí puede ser alterado.

Operación masacre actúa como el vínculo histórico entre los acontecimientos tumultuosos de 1956 y los futuros golpes de estado. Mientras que el golpe de 1956 fue el primero en contra de los peronistas en Argentina, no será el último que buscaba derrotarlos. En *¿Quién mató a Rosendo?* (1969) Walsh investiga y narra los acontecimientos que ocurrieron el 13 de mayo de 1966, casi una década después de su obra *Operación masacre*. Paralelo a los asesinatos de los supuestos peronistas, este libro trata de una serie de asesinatos de prominentes figuras políticas en el sector laboral; Rosendo García, el líder del sindicato metalúrgico *Unión Obrera Metalúrgica* (UOM) fue fusilado por órdenes de Augusto Timoteo Vandor, el secretario general de UOM que temía la influencia creciente de su compatriota Rosendo. Cabe destacar que el mencionado golpe de estado que ocurrió en junio de 1966 derrotó al presidente Arturo Illia y lo reemplazó con el general Juan Carlos Onganía (Anguita y Cecchini). Lo que es importante es el hecho de que Onganía tenía el apoyo de la mayoría de los líderes de los sindicatos laborales en Argentina, incluyendo al secretario Vandor. En contraste con el golpe de 1956, este suceso político no intentó devolver al poder a los gobiernos civiles, es decir, no fue provisional sino más bien un intento permanente de establecer un sistema totalmente autocrático (Anguita y Cecchini). Pero ¿cómo están vinculados los asesinatos de líderes laborales y la corrupción política?

Mientras que este libro de Walsh no acusa al gobierno militar directamente (un gobierno que asumió control después de derrotar a Arturo Umberto Illia en 1966), *¿Quién mató a Rosendo?* es una crítica *indirecta* de los poderes del gobierno de Onganía. En su conclusión, Walsh escribe:

No se trata, por supuesto, que el sistema, el gobierno, la justicia sean impotentes para esclarecer este triple homicidio. Es que son cómplices de este triple homicidio, es que son encubridores de los asesinos. Sin duda ellos disponen de la misma evidencia que yo he publicado y que en otras circunstancias servirían para encarcelar a Vandor y sus guardaespaldas. Si no lo hacen es porque Vandor les sirve. Y si Vandor les sirve es, entre otras cosas, porque esa amenaza está pendiente sobre él. El poder real de Vandor es hoy el poder de Onganía, el poder de San Sebastián. El *vandorismo* es una pieza necesaria del sistema (Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?* pp. 70).

A través de su investigación, Walsh destaca la corrupción e institucionalización presente en los regímenes militares y en muchas instancias la falta de acción es peor que lo opuesto. Originalmente, este libro existía como una serie de notas publicadas en un semanario en 1968; pero lo que es inicialmente notas inconexas se ha convertido en ataque severo al gobierno militar de Onganía. De manera similar a su libro anterior, Walsh empezó este texto de la misma manera: con las descripciones de los varios personajes, organizaciones y de la situación actual. Los fallecidos fueron Rosendo García, Domingo Blajaquis – descrito como un “auténtico héroe de su clase” – y Juan Zalazar – “cuya humildad y cuya desesperanza eran tan insondables que resulta como un espejo de la desgracia obrera” (p. 3). Estos tres individuos, además de los otros miembros de los sindicatos, estuvieron presentes en el restaurante popular La Real, que los miembros visitaban mucho. Walsh escribe que ambos grupos – el de los fallecidos y los otros

seguidores de Rosendo, y el grupo de Vandor y sus lacayos – se pelearon sobre temas supuestamente triviales, sin intenciones políticas. Sin embargo, hubo disparos desde la mesa de Vandor, matando a los tres trabajadores. Los sucesos que ocurrieron después se convirtieron en el enfoque de su investigación. Sus pesquisas habían revelado que la evidencia de los acontecimientos fue eliminada al limpiar completamente el restaurante. Cuando Alberto Giglio, el “perito en rastros de la policía” llegó al lugar del crimen, “no encontró siquiera una copa [que] no hubiera sido lavada” (*¿Quién mató?* p. 29). La policía había ordenado al dueño del restaurante que limpiara el local en su totalidad, incluso moviéndose la posición de los muebles. Esto no sólo representa una evidente violación del derecho penal, sino que también destaca la depravación del gobierno militar argentino. Están dispuestos y son capaces de hacer lo necesario para eliminar cualquier amenaza a su régimen, incluyendo asesinatos, manipulación de pruebas e intimidación para lograr sus objetivos.

Para aclarar este punto, Walsh continúa su narración de los eventos de ese día en la tercera persona, humanizando a los personajes en el proceso. Blajaquis, quien recibió un disparo y murió lentamente, falleció rodeado de sus compatriotas y luchadores. Rosendo ha muerto “a las doce y veinte” (*¿Quién mató?*, p. 31). Denota la tragedia de la vida del trabajador sindical; a Domingo “lo cascaron los conservadores, lo fajaron los radicales, lo expulsaron los comunistas, lo torturaron los libertadores y al final lo masacraron los que se dicen peronistas” (pp. 22). En un medioambiente político dominado por las varias facciones hostiles, la indiferencia fue sinónimo de hostilidad. Domingo Blajaquis no sólo se convirtió en un mártir sino que ejemplificó el carácter del trabajador argentino. A pesar de sus propias ideologías políticas, lo que todos querían era lo mismo: un cambio en el establecimiento social que había oprimido a la patria a través la violencia, la supresión y la astucia política. Era una meta compartida por los

conservadores, los radicales, los comunistas e incluso los propios peronistas. Walsh construye una biografía robusta de todos los fallecidos y al hacerlo honra las vidas de los trabajadores que fueron asesinados injustamente por una institución gubernamental corrupta. En muchos sentidos, esta obra actúa como una elegía, es decir, como una “composición lírica en que se lamenta la muerte de una persona o cualquier otro acontecimiento infortunado” (Elegía). Pero, mientras que este libro honra a los fallecidos, también sirve un doble propósito al convertirse el texto en una condenación escrita de los culpables.

El clima político de la década de 1960 estaba lleno de inestabilidad y de corrupción virulenta y Walsh subraya y denuncia esto hecho a través su acusación del líder sindicato: Augusto Timoteo Vandor. Walsh concluye su testimonio de los acontecimientos que ocurrieron con una declaración de la realidad de la situación: admite que “era una ingenuidad en la que hoy no incurriré. No espero que el asesino de Zalazar vaya a la cárcel; que el asesino de Blajaquis declare ante el juez, que el matador de Rosendo García sea siquiera molestado por la divulgación de estos hechos” (*¿Quién mató?*, p. 70). A pesar de que su exhaustiva investigación había revelado la culpabilidad del líder Augusto Vandor, Walsh reconoce que los poderosos no están encarcelados, mientras que si Vandor pudiera haber sido quien apretó el gatillo que mató a los hombres, fueron más bien los que estaban en el poder quienes le ordenaron que lo hiciera. No tiene sentido malgastar el tiempo o los recursos para arrestar a otra pieza corrupta en un sistema de corrupción desenfrenada. Vandor buscaba acumular su propio poder y escalar la jerarquía social. En resumen, es claro que Vandor no tiene su propia poder o influencia; de hecho, “el poder real de Vandor es hoy el poder de Onganía” (pp. 68). Vandor – al igual que los que están a cargo – se define por su crueldad, depravación y voluntad de hacer lo que fuera necesario para lograr sus metas. Es descrito en el texto como un hombre que tiene “cuarenta y tres años, la boca

fina y tensa, los ojos claros, una mueca de energía desdeñosa” (*¿Quién mató?*, p. 14). Vador es un líder cuya vida ha sido definida por su dedicación a la sobrevivencia de los sindicatos en Argentina. Pero, tras su fachada, resulta claro que su única meta es su ganancia personal. Augusto Vador actúa como el complemento, una yuxtaposición literaria, de los trabajadores como Domingo Blajaquis. Vador es el líder flaco y astuto que se beneficia del arduo trabajo de hombres como Blajaquis, mientras que Blajaquis es el sencillo trabajador – amable y corpulento– que busca romper la jerarquía que sistemáticamente oprime a sus compatriotas. Mientras que Vador está dispuesto a cometer y ocultar los crímenes necesarios para permanecer en el poder, Blajaquis muere como un trabajador inocente y como resultado de la depravación de sus superiores. La relación entre los dos personajes subraya la dinámica del poder que existe entre los que están a cargo y los de abajo. Walsh también explora esta relación en su *magnum opus*, *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* de 1976.

Escrito horas antes su “desaparición” en 24 de marzo 1977, esta carta representa la culminación de su lucha en contra los gobiernos opresivos que habían envenenado los argentinos durante décadas. Después de casi dos décadas en el exilio, el regreso en 1973 de Juan Domingo Perón a la Argentina provocó el disgusto de los grupos militantes y conservadores dentro de la jerarquía política argentina (Borrelli pp. 27). Su regreso se basó en el apoyo que recibió del movimiento peronista en Argentina, es decir, mientras que la ideología estaba proscrita en la política nacional, los fracasos del golpe militar previo habían obligado a la administración a facilitar elecciones abiertas, elecciones que incluyeron los partidos peronistas (Verbitsky). En las elecciones de 1973 el candidato del movimiento peronista, Héctor Cámpora fue elegido e inmediatamente indultó al expresidente y posteriormente se retiró permitiendo el regreso de Perón a la presidencia (Verbitsky). Cuando Perón de un ataque al corazón en 1974, su esposa

asumió el control pero los disidentes del peronismo percibieron esta transición del poder como una señal de debilidad. En 1976, las fuerzas militares derrotaron al gobierno democrático (por tercera vez en el mismo número de décadas). Crearon un periodo de violencia que fue identificado oficialmente como el Proceso de Reorganización Nacional, frecuentemente referido como la “guerra sucia”. Entre los años de 1976 y 1983 miles de las periodistas, políticos e intelectuales fueron desaparecidos simplemente por el hecho de que se enfrentaron a la opresión sufrida por su pueblo. El nuevo régimen buscaba el control, y para lograrlo, inició un programa de censura para eliminar disparidades y establecer una “literatura oficial” (Altamirada pp. 24). Para Walsh, este proceso consistía en “la censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos” (Walsh, *Carta Abierta*, p.1). La animosidad de Walsh hacia el régimen militar no era injustificada pues tenía razones suficientes para odiarlo. Después de una carrera de 30 años como periodista y autor, esta carta vitriólica condena fuertemente la pérdida de libertades experimentada por sus compatriotas argentinos.

La *Carta abierta* representa la totalidad de los sentimientos de Walsh después de tres décadas de opresión, brutalidad y autoritarismo. Escrito en el primer aniversario del golpe de 1976, Walsh primeramente castiga el derrocamiento ilegítimo de un gobierno legítimo, proclamando que “el gobierno que ustedes ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el ochenta por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo” (*Carta abierta*, p.1). La primera queja de Walsh declara que el derrocamiento está en contraste de los deseos del pueblo argentino debido al hecho de que el partido a cargo fue elegido en una elección en donde participó más 80% de la población. Al invertir este progreso, Walsh argumenta que este

desprecio de la voluntad pública no simplemente destruyó la dignidad de los pueblos argentinos, pero también erradicó “la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron” (*Carta abierta*, p.1). Con respecto al establecimiento de su propia legitimidad, el poder del gobierno militar es ilimitado. Walsh lamenta la verdad desafortunada, pero también reconoce al hecho de que las atrocidades actuales son peores que las del pasado. El número de prisioneros no había crecido (o, por lo menos, no era la razón principal) pero para Walsh lo que había cambiado es la pérdida de un derecho básico humano, la pérdida del recurso de hábeas corpus.

Al eliminar el requisito que prohibía las detenciones ilegales sin causa, el gobierno se había dado la autoridad máxima para detener a cualquier persona a su propia discreción. El recurso de hábeas corpus manda que todas las detenciones estén vinculadas a un crimen que ha ocurrido; sin las protecciones, las fuerzas militares los han “despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo” (p.1). Mientras que en el pasado, los tribunales determinaban que los prisioneros que fueron detenidos ilegalmente debían ser liberados, la ausencia de protecciones que mantienen el sistema judicial significaba que los tribunales ya no tenían ningún poder en este proceso. Lo que es peor, la mayoría de los detenidos no fueron registrados lo que resultó en “quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos [y] decenas de miles de desterrados” (p.1). Debido a la facilidad con la que el gobierno podía arrestar, torturar y asesinar a sus propios ciudadanos, el régimen militar se había otorgado impunidad, cometiendo estos crímenes a su propia discreción. *La carta abierta de un escritor a la junta militar* – en un sentido literario – es un alejamiento claro cuando se compara a las obras anteriores.

La carta abierta no es un ejemplo de la literatura testimonial, sin embargo, esta obra sí es investigativa, especialmente dentro el contexto de vida y carrera de Walsh. Cuando fallecían el

25 de marzo de 1977, Walsh había dedicado toda su carrera al periodismo luchando por los derechos de los argentinos marginalizados. Los escritores como Walsh reconocían el hecho que la última meta para los opresores era ganar el poder; en este sentido, la “lucha que [libran los líderes a cargo] no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal” (p.3). Pero estas no son acusaciones injustificadas. La sección 4 de su carta delinea las reconocidas atrocidades cometidas por los regímenes militares en Argentina. Entre otros, Walsh escribe que: “entre *mil quinientas y tres mil* personas han sido masacradas en secreto... *veinticinco cuerpos* mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas... incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda... *treinta y cuatro* cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976” (p. 2). El hecho aterrador es que la lista de crímenes conocidos de Walsh probablemente sólo representa una fracción pequeña del total; lo que *se desconoce* es más horrible que lo que *se conoce*. A lo largo de su carrera de 30 años, Walsh había documentado y denunciado las acciones de la miríada de administraciones militares que habían subsumido la eficacia de la democracia desde la elección de Perón. Para Walsh su carta no solamente fue un rechazo del gobierno militar sino que también representaba la culminación de su vida, una vida dedicada a la protección de los derechos de los argentinos oprimidos. Es una elegía apasionada a los fallecidos, la manifestación apasionante y mordaz de un argentino patriota indignado por los crímenes de los poderosos.

A la larga, el poder de la literatura testimonial – y la literatura en su conjunto – se deriva de su capacidad para difundir el conocimiento. Por esa razón, la literatura es anatema para los gobiernos autoritarios. La lucha para empoderar los pueblos argentinos es contradictoria a los objetivos del régimen miliar: la consolidación del poder. Las obras de Rodolfo Jorge Walsh demuestran que este es el caso; la administración del general Jorge Rafael Videla – el arquitecto

detrás del Proceso Reorganización Nacional – veía a los disidentes intelectuales como Walsh como amenaza para su monopolización del poder y lo trató siguiendo esa visión de rechazo. Para Walsh, no había una distinción entre lo político y lo literario; para él, la literatura “tenía que estar al servicio de la educación y concientización de esas masas, que necesitaban luchar por sus derechos para vivir un día dignamente en una sociedad libre, justa y soberana” (Pérez p. 145).

Las tres obras analizadas en este proyecto revelan mucho sobre la naturaleza de la política argentina. Principalmente, subrayan la cultura de inestabilidad social y el ambiente de opresión política que se había cultivado en Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. Cada obra coincide con un acontecimiento diferente; *Operación Masacre* (1957) tiene lugar meses después la *revolución libertadora* de Aramburu en 1955, *Quién mató a Rosendo?* (1969) fue escrito en base a una serie de asesinatos durante la *revolución argentina* de Onganía en 1966, mientras que *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar* (1977) trata de las atrocidades durante el primer año del *Proceso Reorganización Nacional*. Segundo, las obras destacan las cualidades de este género híbrido de *crónica* investigativo, y afirman la eficacia de esta herramienta escritural para promulgar cambios. Walsh combinó elementos de ficción – la creación de una narrativa fluida – con elementos investigativos – encontrar los hechos para apoyar la afirmación – en sus obras para crear una narrativa cautivadora sin sacrificar su propia credibilidad como periodista investigativo. Nadie duda la veracidad de sus investigaciones. Aunque el propio Walsh admite abiertamente dramatizar ciertos diálogos entre personajes, su creatividad es un mecanismo para humanizarlos. Al hacerlo, Walsh destaca la inocencia de las víctimas y al mismo tiempo critica las acciones inhumanas del gobierno militar. Al final, murió como había vivido: luchando para sus compatriotas argentinas. Hoy se destaca – no sólo como un autor notablemente dotado – sino como una de las voces más claras que denuncian la opresión

política en Latinoamérica. Sus obras son un recordatorio doloroso del pasado y sirven como una advertencia hacia el futuro.

Bibliografía

- Alonso, Diego. “La verdad y las pruebas. Cuatro tesis sobre la literatura testimonial de Rodolfo Walsh”. *Latin American Literary Review*, vol. 39, no. 78, 2011, pp. 95–116, <http://www.jstor.org/stable/41478095>.
- Altamiranda, Daniel. “Las armas y las Letras: Respuesta de los intelectuales a la Guerra Sucia”. *Chasqui*, vol. 27, no. 1, 1998, pp. 23–32, <https://doi.org/10.2307/29741397>.
- Anguita, Eduardo, y Daniel Cecchini. “Quién mató a Vandor, a medio siglo de la muerte del líder metalúrgico”. *infobae*, <https://www.infobae.com/sociedad/2019/06/30/quien-mato-a-vandor-a-medio-siglo-de-la-muerte-del-lider-metalurgico/>. Consultado 11 abril 2022.
- Borrelli, Marcelo. “Voces y silencios: La prensa argentina durante la dictadura militar (1976-1983)”. *Perspectivas de Comunicación*, vol. 4, no. 1, 2011, pp. 24–41.
- Calvo, Ernesto, y M. Victoria Murillo. “Argentina: The Persistence of Peronism”. *Journal of Democracy*, vol. 23, no. 2, 2012, pp. 148–61. *DOI.org*, <https://doi.org/10.1353/jod.2012.0029>.
- “Elegía”. Diccionario de Real Academia Española, Real Academia Española (RAE), <https://dle.rae.es/eleg%C3%ADa?m=form>.
- Gerchunoff, Pablo, and Carlos Díaz Alejandro. “Peronist Economic Policies, 1946–55”. *The Political Economy of Argentina, 1946–83*, editado por Guido di Tella y Rudiger Dornbusch, Palgrave Macmillan UK, 1989, pp. 59–88. *DOI.org (Crossref)*, https://doi.org/10.1007/978-1-349-09511-7_4.
- Gugelberger, Georg, y Michael Kearney. “Voices for the Voiceless: Testimonial Literature in Latin America”. *Latin American Perspectives*, vol. 18, no. 3, julio 1991, pp. 3–14. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/0094582X9101800301>.

- Lewis, Paul H. “Was Perón a Fascist? An Inquiry into the Nature of Fascism”. *The Journal of Politics*, vol. 42, no. 1, 1980, pp. 242–56. *JSTOR*, <https://doi.org/10.2307/2130025>.
- Mendelevich, Pablo. “El gobierno militar que incubó al peronismo”. *LA NACION*, 4 de junio de 2021, <https://www.lanacion.com.ar/opinion/el-gobierno-militar-que-incubo-al-peronismo-nid04062021/>.
- Navarro, María de los Ángeles. “Perón, su vida política relacionada a los hechos de la historia argentina”. *Monografias.com*, 30 abril 2001, <https://www.monografias.com/trabajos6/pepo/pepo>.
- Parlamentario. *Celebran resarcimiento a sobrevivientes del bombardeo – Parlamentario*. <https://www.parlamentario.com/2008/12/05/celebran-resarcimiento-a-sobrevivientes-del-bombardeo/>. Consultado 21 marzo 2022.
- Pérez, Alberto Julián. “Operación masacre: Periodismo, sociedad de masas y literatura”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 32, no. 63/64, CELACP, 2006, pp. 131–47. <https://doi.org/10.2307/25070328>.
- Phelan, Stephen. “Rodolfo Walsh and the Struggle for Argentina”. *Boston Review*, <https://bostonreview.net/articles/rodolfo-walsh-and-argentina-operation-massacre/>. Consultado 11 abril 2022.
- Reid, Michael. “The Persistence of Peronism.” *The Economist*, octubre 2015. *The Economist*, <https://www.economist.com/the-americas/2015/10/15/the-persistence-of-peronism>.
- Tandeciarz, Silvia R. “Citizens of Memory: Refiguring the Past in Post-dictatorship Argentina”. *PMLA*, vol. 122, no. 1, 2007, pp. 151–69, <http://www.jstor.org/stable/25501677>.
- Tekiner, Uğur. “Back-to-Roots Again? Kirchnerismo as a Reclaiming of Classical Peronism”. *METU Studies in Development*, no. 47, pp. 257–80.

Verbitsky, Horacio. *Ezeiza*. Editorial Contrapunto, 1985,

<https://web.archive.org/web/20060619052555/http://www.elortiba.org/ezeiza.html>.

Walsh, Rodolfo J. *Carta abierta de escritor a la Junta Militar*. 27 marzo 1977,

<https://www.cels.org.ar/common/documentos/CARTAABIERTARODOLFOWALSH.pdf>.

---. *Operación Masacre*. Ed. definitiva, Planeta, 1994.

---. *Quién mató a Rosendo?* 11.ed, De la Flor, 2007.

Yglesias, Matthew. “The Four Types of Economies and The Global Imbalances”. *Slate*, abril.

2012. *slate.com*, <https://slate.com/business/2012/04/the-four-types-of-economies-and-the-global-imbalances.html>.